



CARMEN IGLESIAS

HISTORIA Y NOVELA.  
*LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE,*  
DE CARLOS FUENTES

«Nada ocurrió como se cuenta, pero todo es verdad», hacía decir un escritor a uno de sus personajes de ficción en un juego de espejos múltiples en el que nada era lo que parecía. Siempre me pareció una buena definición para casi cualquier tipo de narración. Pues, por muchas fuentes objetivas que se consulten para un hecho determinado, el ordenamiento posterior narrativo de aquel hecho, aun en su simple descripción secuencial, lo conforma con unos perfiles que, siendo verdaderos en el mejor de los casos, nunca podemos garantizar su exactitud. «Conocía la historia. Ignoraba la verdad», escribe Carlos Fuentes en el comienzo de *Los años con Laura Díaz*. Y, como ya escribí en «De Historia y de Literatura como elementos de ficción», ese elemento narrativo es, a mi parecer, el que une la historia y la novela, aunque ambas escrituras diverjan radicalmente en sus métodos, fuentes y desarrollo creacional. Complementarias y necesarias ambas —Historia y Literatura— para entender algo de nuestro mundo, situadas «en los confines de dos territorios» compartidos —con diferentes énfasis en uno u otro— y al tiempo distintos entre sí, como son la Razon y la Imaginación, siempre me ha parecido evidente que la creación ficcional, y expresamente la novelística, cuan-

do es obra de un gran escritor —como es el caso de Carlos Fuentes— puede recrear una atmósfera histórica, un tiempo pasado y una memoria con perfiles más profundos y duraderos que el simple relato historicista.

La primera novela de Carlos Fuentes, cuyo cincuentenario festejamos, que marcó indudablemente un *antes* y un *después* en la historia de la literatura hispana —latinoamericana y española—, mantiene acrecentada su fascinación al releerla, tanto como gran creación literaria como desde la perspectiva de la historia de México y de la historia en general. Desde ese primer gran relato de la *comedia humana* con el que un joven y ya sabio —literariamente hablando— Carlos Fuentes sorprendió a sus contemporáneos, la pasión de su autor por desentrañar unas complejas raíces históricas que sostienen un presente y un futuro opaco e incierto sigue deslumbrando en una escritura que nos arrastra con su riqueza de matices y formas, con la fuerza y la verdad de la aventura del vivir de sus personajes en el ojo del huracán de una ciudad vibrante y absorbente.

#### HISTORIA Y MITOS

Ya desde esta primera gran novela, están presentes varios de los hilos que reencontraremos una y otra vez, en distintas metamorfosis y en variadas interrelaciones, en toda la obra de Fuentes. El primero que quisiera resaltar, desde el punto de vista de historiadora, sería la integración que nuestro autor hace del mito, de la leyenda y de la magia, en la historia; esos mitos, esas leyendas populares, forman parte indispensable de los hechos históricos, pues la realidad humana nunca es algo dado, algo que está ahí y llegamos a conocer, sino algo en construcción continua y lo

que pensamos o creemos sobre ella forma parte indisoluble de eso que llamamos realidad. Esas creencias, arraigadas en un pasado mítico en el que se cree, configuran la acción y forman parte de la historia del presente y de los proyectos de futuro. En definitiva, pertenecen a ese *conglomerado heredado* que, según la metáfora de Dodds, igual en la geología que en la historia humana, nunca está del todo definitivamente enterrado, sino que las sucesivas capas *geológicas* acumuladas y mezcladas unas con otras, aparentemente sustituidas y perdidas algunas, emergen sorpresivamente a veces, dramáticamente otras, para testimoniar un pasado tanto más virulento cuanto que no haya sido asumido. Así, los *guardianes* de *La región más transparente*, el muy inquietante y enigmático Ixca Cienfuegos y la figura de la viuda Teódula Moctezuma, que reclama insistente el necesario sacrificio a los dioses semiolvidados, reviven en la obra de Fuentes como arquetipos muy vivos y reales de un pasado idealizado, mágico y religioso al tiempo, en el que la totalidad del mundo no se ha fragmentado todavía. Como sabemos hoy, magia, religión, mitos, técnicas que exigen racionalización, no son estratos diferenciados nítidamente en la historia y en la psicología de la especie humana; no hay un corte drástico ni un escalonamiento sucesivo que separe para siempre lo prelógico de lo lógico y lo científico, sino que existe en la historia de las sociedades humanas una simultaneidad de todos esos estratos, si bien con diferente énfasis de unos u otros, según cada momento histórico y cada civilización concreta. La magia o «la potencia de fabulación», como la definía Bergson, tratándola como «una necesidad psicológica con tanta fuerza como la razón». Y por ello en nuestras sociedades actuales, altamente tecnificadas y lógicas, que han apostado —se supone— en términos generales por la

razón y la historia, y que en el mundo occidental se han definido en su evolución claramente como antimágicas y no míticas, cuando no antirreligiosas o arreligiosas según qué épocas o países, pervive sin embargo siempre la necesidad psicológica de creencias de diferente tipo, incluso mágicas-astrológicas-cosmológicas, que remiten a esa *totalidad*, esa supuesta *armonía* primaria que relaciona todo con todo. El esfuerzo por dotar al mundo caótico y cambiante de un orden que suavice el terror ante lo imprevisible, ante lo radicalmente arbitrario y, por ende, siempre desconocido, es un esfuerzo de ordenación que estaría en el origen de las diferentes formas simbólicas con que los humanos intentan enfrentarse a un mundo que, como consagró el existencialismo de mediados del siglo XX, resulta fundamentalmente ajeno. El mito, la propia idea de sacrificio, la elaboración del símbolo exigen por tanto una compleja construcción intelectual y vivencial, como intentos de superar la indiferencia del mundo, la ausencia definitiva que supone la Muerte.

El mundo no nos es dado —intenta convencer Cienfuegos a Rodrigo Pola—. Tenemos que recrearlo. Tenemos que mantenerlo. El mundo es ciego y es bruto. Dejado a sus fuerzas, se arrugaría como una manzana arrancada al tronco, penetrada de gusanos. El tronco le dio su savia y su vida, sí. Pero la mano que arrancó la manzana debe conservarla, o morir con ella (p. 294).

Mitos y símbolos no son, pues, toscos disfraces de la realidad, sino que intentan complementar la presentación del mundo ante la conciencia: no solo viendo ese mundo «como utensilio», al que se responde con las categorías de racionalidad y causalidad —como señaló ya Sartre en su análisis de las emociones—, sino el mundo como «totalidad

mágica, sin distancia entre las cosas». *Totalidad* irremisiblemente perdida en las grandes urbes desarrolladas bajo coordenadas no controlables individualmente y con frecuencia no comprensibles. Lo racional y lo no-racional indisolublemente unidos en la mente y psicología humanas.

Creo que de todo ello trata Fuentes a través de Ixca y Teódula Moctezuma. Pues, en efecto, esa *totalidad* ansiada, ese posible mundo sin escisiones dolorosas porque se ha purificado a través del *sacrificio*, y también de la venganza, esa necesidad humana de *lo absoluto* que, en definitiva, intenta relativizar o dar un sentido a cada una de nuestras muertes individuales solo puede reconstruirse en el mundo de la imaginación creadora, en la recreación de unos símbolos que tuvieron —y siguen arrastrando— una profunda significación. Pues, en la medida que, según la tesis clásica de Saussure, el símbolo no es nunca arbitrario, formaría parte de la historia mental y emocional de una determinada cultura, al tiempo que, tal como sabemos desde Mallarmé y los simbolistas, su condición esencial, en palabras de Roland Barthes, está caracterizada por la *polisemia*, por «su pluralidad misma de sentidos». Por eso, cuando Moctezuma y Cienfuegos creen realizar en el mundo concreto el símbolo sacrificial a través de las muertes sucesivas de ese 15 de septiembre (ese impresionante capítulo «Calavera del quince»), el día de la fiesta del Grito —el símbolo a su vez de la Independencia de México—, el resultado acaba siendo el vacío y la muerte —física o espiritual o social— de ellos mismos y de los que les rodean.

Lo mítico, el mundo de los símbolos, pues, forma parte importante de esa historia mexicana que Fuentes reconstruye dentro de un flujo apasionante de vidas distantes y separadas aparentemente, pero unidas e interrelacionadas como partes de un *todo*; pero al tiempo la historia acaba re-

chazando la resurrección efectiva de un pasado simbólico que ha dejado de tener significación en el mundo concreto tecnológico e industrializado, en un mundo citadino y de supervivencia material muy alejado de esa Madre-Tierra cargada de joyas simbólicas y poderosas, madre y madrastra a la vez que no solo protege sino que lleva en sí también el terror y la muerte.

Y así, la historia se revela como lo contrario de la tradición, de una tradición compuesta de mitos, de leyendas, de recuerdos y símbolos fijados, una tradición sin embargo con cuya memoria hay que contar para comprender el pasado. Como escribiera el historiador José Antonio Maravall Casesnoves, en los años sesenta del pasado siglo, la historia —en cuanto conocimiento de algo alejado que ha sucedido pero del cual se tiene una conciencia reflexiva— acaba siendo «el antídoto de la tradición», pues opone al fin el cambio histórico, la ordenación de novedades y de supervivencias en movimiento, frente a la fijación o permanencia repetitiva de la tradición mítica. Pero ninguna «argamasa histórica», ningún «conglomerado» histórico, podría comprenderse profundamente sin esos sustratos heredados de las viejas tradiciones. Y quizás a esa «argamasa histórica», compuesta de emociones y creencias, y de esperanzas y expectativas las más de las veces irrealizables, y de tanto dolor y sangre de hombres y mujeres encadenados a su época como en una gran rueda infernal de Ixión, quizás, en mi opinión, solo podemos acercarnos a ella, intentar su reconstrucción, a través de la ficción *verdadera*, como Tomás Eloy Martínez definió un cierto tipo de escritura novelística, en la que encaja la creación de Fuentes. Por eso son complementarias y no opuestas, a pesar de sus diferentes territorios, la historia y la novela. Y por eso no se puede prescindir de ninguna de ellas, aunque prefiramos,

en función de nuestros gustos e intereses, una u otra. Y por eso Carlos Fuentes puede reconstruirnos esos mundos complejos, ya desde esta primera y fundamental novela, jugando con esas relaciones fronterizas entre historia y novela, y recreando para nosotros las vidas de hombres y mujeres concretos dentro de la rueda histórica de la ciudad de México, de manera que, en ese encuentro del pueblo con su historia —como escribió Alberto Díaz-Lastra—, los hechos históricos conforman personajes reales y vibrantes, no simples prototipos acartonados. Fuentes funde a través de ellos en esta gran novela urbana las distintas tradiciones en la forma y en el fondo, dando lugar así, a través de una historia determinada de un país —México— y de una ciudad —Distrito Federal—, a una novela universal que habla de todos y cada uno de nosotros, de los miedos y las esperanzas y las cobardías y la heroicidad a veces, de todos y cada uno de los seres humanos. Como brillantemente dijo Georgina García Gutiérrez, los días personales de cada uno de los personajes que viven o han vivido en *la región más transparente* se convierten en días históricos, de manera que los avatares vividos y las elecciones tomadas por cada uno de ellos en momentos cruciales atañen igualmente a la historia de México y de todos. La interrelación entre las vidas individuales y la historia que afecta a la colectividad no puede estar mejor reflejada en esa vuelta de tuerca para saber ligar, ahora a otro nivel, el todo con todo.

Por lo demás, el propio Fuentes es consciente de que, como declaró en alguna ocasión, la tradición «puede ser una ruptura enriquecedora, más que una continuidad esclerótica»; la tradición suele ser lo opuesto a lo que significa la historia como cambio, pero al mismo tiempo, como decía, forma parte indisoluble de su conglomerado, al que conforma. El mundo tradicional puede resultar opre-

sivo, como ocurre en la novela, en la que nuestro autor se aleja de toda visión idealizada respecto a mitos tradicionales (véase el capítulo, por ejemplo, «Para subir al nopal», y la conversación de Zamacona, Ixca y Robles, sobre teodicea y sobre muerte y sacrificios), pero no puede prescindirse de sus elementos y de su recuerdo. Cuando todo ello se pone en movimiento y se interrelaciona, cuando, como hace nuestro autor, se enriquecen las perspectivas para poder observar a México desde dentro y desde fuera a la vez, cuando se agrega la crítica y la mirada «distanciada» en el sentido histórico del término es cuando esa aparente historia local de una ciudad se transforma en una historia universal que nos enriquece a todos.

#### UNIVERSALIDAD, MESTIZAJE E IDENTIDAD

Esa universalidad, signo de los grandes escritores, a partir de lo más inmediato, de lo aparentemente más local, transpira por así decir en toda la obra de Fuentes. Y así, la historia de México y la historia personal de unos grupos sociales mexicanos en un determinado fragmento del tiempo histórico enlazan con el espacio y tiempo de una cultura ampliada, producto de un enriquecedor y doloroso —como es toda la historia en general— *mestizaje*. El propio autor, en esas confesiones lúcidas de *En esto creo*, cuando habla de la Historia, la refiere a esa historia cainita, una historia universal de la violencia, una historia de dolor y sufrimiento de los más, la historia que hacía exclamar a Heine: «¡Ay de nosotros!, cada palmo de terreno ganado por la humanidad cuesta torrentes de sangre. ¿No es este un precio demasiado elevado? [...]. Cada hombre aislado es un mundo completo, que vive y muere con él, y cada losa



de cada tumba cubre una historia universal». Y, a pesar de ello, en la estela que mostraron los griegos —«el hombre más fuerte que el destino»—, la apuesta por la vida que Fuentes hace en su escritura, la apuesta por la lucha por la justicia aun en medio de la desesperanza, por la razón y la voluntad frente al fatalismo y la resignación del destino, está siempre presente ya desde esa primera gran novela de *La región más transparente*, como luego insistiré.

Mestizaje fecundo, pero traspasado dramáticamente de violencia. Mestizaje que cubre un pasado ambiguo, al que se proyecta «un sentido de angustia, de fracaso, de pérdida de algo que, en triste y decreciente esperanza —escribía Zamora Vicente en sus «Apostillas a *La región más transparente*»—, aún nos sostiene sobre la tierra». Un mestizaje simbolizado con una fuerza inigualable en la historia concreta de Hernán Cortés y doña Marina, pero un mestizaje que mueve a preguntarnos por nuestra identidad, qué y quiénes somos, como consecuencia de una «colectividad insegura, aferrada a mitos y falta de sólida actitud histórica», señalaba Zamora. Una actitud histórica de la que también se lamentaba María Zambrano, refiriéndose a España, pero quizás extensible a todo el área hispana. En mi opinión, esta pregunta por la propia identidad recorre con frecuencia distintos espacios de nuestro ámbito cultural hispano; no es esta comunidad latinoamericana y española la única, como bien sabemos, en hacerse esas preguntas, pero sí es una de las más persistentes en una búsqueda perpleja acerca de cómo sus orígenes y mestizajes han configurado una historia que, con frecuencia, se reviste de *esencialismo* al considerarla como una repetición trágica, casi siempre igual a sí misma. Y creo que especialmente revive en cada conmoción histórica o en el recuerdo también persistente y fijo de esa conmoción.

Ya Maravall insistía en que la memoria de una crisis o de una catástrofe pervivía en la historia de las mentalidades y en la vivencia de la gente mucho después de que todo aquello hubiera pasado. Carlos Fuentes ha indagado una y otra vez en las motivaciones de esa inseguridad identitaria que oscila con frecuencia desde la vana creencia en su superioridad a la aceptación resignada y masoquista de un complejo de inferioridad, que, a su vez, hace crecer el rencor, el resentimiento y la envidia cainita proyectada paradójicamente sobre los más próximos. De ahí que ningún héroe con éxito puede ser aceptado como tal, reflexiona Zamacona, solo el héroe muerto puede ser considerado digno de recuerdo entre nosotros. De ahí que la característica de nuestra cultura sea la *excentricidad*:

Excentricidad, más que contraste [...]. No sentirnos parte de ningún engranaje racional, susceptibles de alimentarlo y permitir que nos alimente. Claustro cerrado, de espaldas al mundo. No sentir que nuestras obras, que nuestro espíritu, penetran en un orden lógico, comprensible para los demás y para nosotros (p. 73).

Lo que sigue detallando Manuel Zamacona sobre esa excentricidad, propia también de España, Rusia y otros países, lo encontramos resumido más tarde por Fuentes en su prólogo a *Todos los gatos son pardos*, una obra que

es a la vez una memoria personal e histórica, pues indagar nuestros orígenes comunes para entender nuestra existencia presente requiere ambas memorias en México, el único país que yo conozco, además de España y los del mundo eslavo —no en balde excéntricos, como nosotros— donde preguntarse ¿quién soy yo?, ¿quién es mi papá y quién es mi mamá?, equivale a preguntarse ¿qué significa toda nuestra historia?

Ese señalamiento en la «excentricidad» me parece especialmente lúcido y aclaratorio. Lo excéntrico está siempre rozando las fronteras de otros territorios y lo fronterizo está rozando significativamente con lo peligroso: roza o puede caer en el caos. Es siempre inseguro y necesita protección simbólica y efectiva. Darnton ya insistió en cómo el mundo de los hechizos, el mundo mágico de los cuentos y de los símbolos, juega siempre con los restos ambiguos, fronterizos, de los seres vivos: pelo, uñas, heces, animales «de frontera» con valor ritual o tabúes que desafían el temor irracional que despiertan, ya sean ratas o reptiles, que están cerca de los humanos, pero que no comparten en absoluto la categoría de «domésticos». Como ya escribí en otra ocasión, en la obra de Fuentes hay siempre un empuje de lo fronterizo hacia nuevas áreas de significado consciente, hay una apertura de lo que Jacob denominaba «el campo de lo posible», especialmente enriquecedora, en las fronteras entre historia y novela, que historiadores como John Elliott resaltó de forma sobresaliente a propósito de *Terra nostra*. Pero, refiriéndonos a ese problema de identidad que se plantea ya desde *La región más transparente*, ese carácter «excéntrico» y «fronterizo» refuerza sin duda la inseguridad del *quiénes somos*. El mestizaje y la integración forzosa que supone la adopción en la conquista hispana de lo que también Elliott llamó «fronteras de inclusión», como signo distintivo español frente a las «fronteras de exclusión» de la expansión anglosajona, ninguna exenta de violencia pero con resultados muy diferentes, son factores explicativos en parte de esa ambigüedad hacia los propios orígenes, hacia el pasado vivido y no asumido, que contribuirían a la espiral de inseguridad identitaria. Fuentes realiza un profundo intento de integración, de comprensión, para fundir o al menos para

conectar lo prehispánico, lo español, la Revolución mexicana y el presente en un caleidoscopio, a mi parecer, de mestizajes en distintos niveles, personales e históricos, míticos y racionales, emocionales y reflexivos.

Lo original es lo impuro, lo mixto. Como nosotros, como yo, como México —sigue escribiendo Zamacona—. Es decir: lo original supone una mezcla, una creación, no una puridad anterior a nuestra experiencia. Más que nacer originales, llegamos a ser originales: el origen es una creación (p. 74).

LOS «MODELOS AJENOS».  
EL DESTINO Y LAS MÁSCARAS

Asumir esa mezcla, esa mixtura nunca perfecta, impura, como la marca de origen que no supone ningún pecado original más allá del «aherrojamiento» existencial de la propia condición humana, es decir, que no es mejor o peor que otras tradiciones culturales supuestamente más exitosas en su desenvolvimiento histórico, es una de las opciones que, en mi opinión, se podrían rastrear en la obra de Fuentes ya desde esta primera de sus grandes novelas. Asumir el presente y por tanto proyectar hacia el futuro a partir de las cartas que nos han tocado, pues quizás la máxima estoica de Epicteto de contestar de la mejor manera posible en el juego de la vida, y de la historia, a las cartas que nos tocan por nacimiento y que no elegimos, incluso considerándolas malas, sirva tanto para las personas individuales como para los pueblos. En la interrelación entre destino o necesidad, azar y voluntad, que configura la vida humana, no todo está escrito, determinado, para siempre; frente al fatalismo y la resignación quizás poda-

mos oponer el apotegma heracliteano sobre «el carácter es el destino», apostando por la razón y la historia, pero sin rechazar ni olvidar la propia tradición y orígenes. Ahí creo que se podría inscribir la insistencia de la reflexión de Fuentes sobre el error histórico de la adopción de «modelos ajenos». No solo los modelos superficiales —¿máscaras ligeramente encubridoras de la nada?— de unas clases sociales poderosas y esnobistas —«Quizá el esnobismo sea algo más grave [...]. Quizá no sea sino una forma de ceguera del espíritu: considerar todas las cosas en sí, sin atributos» (p. 348)— tan magistralmente presentes en *La región más transparente*, sino, lo que es más importante, la adopción de modelos culturales e históricos que, como en el lecho de Procrusto, fuerzan artificialmente a una adaptación violenta que tritura los miembros y que hace fenecer la apertura de la experiencia histórica.

A la intemperie —escribe Fuentes en su reflexión sobre «Iberoamérica», dentro de *En esto creo*, al hablar de los procesos de independencia—, creamos democracias instantáneas, repúblicas *nescafé*, desesperadamente confiadas en la imitación extralógica de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, fatalmente condenadas a ahondar las diferencias entre el país real y el país legal. El resultado fue el movimiento pendular entre la dictadura y la anarquía [...]. Entre la civilización y la barbarie...

Manuel Zamacona ya escribía significativamente:

«Constantes. Gestación lenta, intuitiva, del pueblo mexicano, sin contacto con las formas sociales exteriores. Búsqueda de una definición formal, jurídico-política, frente a búsqueda de una filiación sustancial, histórico-cultural. Afirmación de las definiciones formales en proyectos antihistóricos, fundados en la importación, en la imitación extralógica de modelos prestigiosos. Negación del pasado como supuesto inicial de todo proyecto salvador».

¿Pero cuál es el modelo, el modelo propio, y realmente salvador, que México debe atender? (p. 75).

Desde la perspectiva histórica, es evidente que el mundo hispano en su conjunto —Iberoamérica y España— se enfrentó desde la primera década del siglo XIX, en medio de una crisis aguda, de un vacío de poder pavoroso y de guerras civiles, a unos procesos de modernización complejos y que la transición hacia un régimen liberal se realiza dentro de un marco organicista —holista—, que interrumpe su propia tradición, sin llegar tampoco a incorporar socialmente los valores que exaltan la libertad y responsabilidad del individuo. Como ya escribí en otra ocasión, nuestras sociedades hispanas estaban quizá históricamente más cercanas al modelo de un ideal de «republicanismo de base agraria» y virtuoso, de carácter más igualitario que liberal; un ideal que enlazaba mejor con tradiciones integradoras holísticas y con ideales utópicos de perfección de las instituciones que con el valor político del pluralismo y con el criterio pragmático, moral y utilitario, de la búsqueda o de la conformidad en una forma de gobierno que sea simplemente la mejor de las existentes —o la menos mala—. La unidad, la integración, la legitimidad son preocupaciones de una mentalidad social holista que, en determinados momentos históricos, pueden dar lugar a sociedades más generosas, pero también menos tolerantes para el individuo concreto, y donde el clientelismo, el compadrazgo, el paisano, ocupa el lugar del posible individuo libre. La crisis política de esos comienzos de la modernidad condicionó quizá en demasía la adopción de modelos apriorísticos y de ideales que solo forzosamente podían encajar en un tipo de sociedad que procedía de otros valores y que hubiera necesitado posiblemente un tiempo y una

evolución menos traumática. La novela de Fuentes capta lúcidamente esta distorsión:

Siempre hemos querido correr hacia modelos que no nos pertenecen, vestirnos con trajes que no nos quedan, disfrazarnos para ocultar la verdad [...]. No, no se trata de añorar nuestro pasado y regodearnos en él, sino de *penetrar en el pasado, entenderlo, reducirlo a razón, cancelar lo muerto —que es lo estúpido, lo rencoroso—*, rescatar lo vivo y saber, por fin, qué es México y qué se puede hacer con él (pp. 314-315, subrayados míos).

Varios hilos complejos y relacionados entre sí se derivan de estas reflexiones: uno es desde luego las sucesivas rupturas de los procesos de evolución interrumpidos en la historia; otro podría ser la búsqueda de la identidad en la acción sobre la base de la aceptación del propio pasado. Y para esto sería necesario esquivar tanto la Escala de lo que Maravall llamó «la nostalgia del *diferencialismo*» (lo excéntrico desembocando en esa oscilación entre creerse superior o definitivamente inferior:

... ¿sentimiento de inferioridad? —reflexiona Manuel Zamacoña— [...]. «¿Qué cosa es el sentimiento de inferioridad sino el de superioridad disimulado? En la superioridad plena, sencillamente, no existe el afán de justificación. La inferioridad nuestra no es sino el sentimiento disimulado de una excelencia que los demás no alcanzan a distinguir...» (p. 78),

pero siempre dentro de un «narcisismo de la diferencia»), como la Caribdis de imitar y envidiar otros modelos, adoptar unas máscaras impuestas tan forzosamente que desfiguran monstruosamente las facciones originarias. Nada entendemos de nosotros mismos, de nuestra historia, si no la

comparamos con los otros, pero poco aprendemos de esa comparación si solamente nos fijamos en categorías que homogeneizan y trazan un único camino. Traducido al plano de la historia, supondría no caer en lo que Elliott describía como el error de «hablar de éxitos o fracasos en la larga duración histórica», el creer que pueden medirse las experiencias históricas en función de unos pocos casos concretos, juzgados como exitosos, y por ello elevados a la categoría de modelo, el creer que solo determinados modelos o determinado canon cultural, o una única «gran narración», pueden ser la «salvación». De nuevo, el lecho de Procrusto como medida. No se trata de poner todo al mismo nivel, pero sí de intentar que los mitos de la excepcionalidad extrema o los estereotipos esencialistas de unos «caracteres nacionales» siempre iguales a sí mismos se erijan como dirigentes de los proyectos del futuro. Siempre me gusta recordar en estos temas uno de los libros de otro historiador hispanista, Geoffrey Parker, cuando al hablar de la Monarquía Hispánica lo tituló *El éxito nunca es definitivo*; el «fracaso» tampoco, habría que añadir. El *destino* tampoco es definitivo, nos hace reflexionar la obra de Fuentes, desde una perspectiva histórica, por más que no tengamos demasiadas razones para ningún optimismo utópico.

En el forcejeo dramático entre Rodrigo Pola y su madre, y entre Rodrigo e Ixca, se filtra constantemente esa trágica oscilación: «Yo tengo mi propio destino», pretende reivindicar el hijo frente a la airada negación de Rosenda: «No tienes ningún destino, sábelo ya. Tienes responsabilidades, y una madre que no ha tenido (ni querido, no, nunca) su destino, sino penas y amarguras y luchas...» (p. 164). «Conocer el destino es no tenerlo» (p. 507), dirá más tarde un Rodrigo Pola triunfador social y defini-



tivamente superficial, pero que, a la vez, ha escapado del ángel destructor que buscaba su sacrificio y al tiempo su redención posible en la Muerte:

No hay nada indispensable en México, Rodrigo —le había aleccionado Ixca, en un lamento desolador y fatalista, identificando a Rodrigo con el propio país en su desidia moral y justificadora de futuras traiciones—. Tarde o temprano una fuerza secreta y anónima lo inunda y transforma todo. Es una fuerza más vieja que todas las memorias, tan reducida y concentrada como un grano de pólvora: es el origen. Todo lo demás son disfraces. Allá, en el origen, está todavía México, lo que es, nunca lo que puede ser. México es algo fijado para siempre, incapaz de evolución. Una roca madre inmovible que todo lo tolera. Todos los limos pueden crecer sobre esa roca. Pero la roca en sí no cambia, es la misma, para siempre (pp. 149-150).

Pero solo la Muerte, podríamos añadir con Malraux, solo el fin definitivo, cuando ya no podemos cambiar nunca más, convierte la vida en destino.

#### MEMORIA Y OLVIDO.

#### TIEMPO CÍCLICO Y TIEMPO HISTÓRICO

Por todo ello, en la obra de Fuentes, pasado, presente y futuro se mueven simultáneamente, y no ordenada y sucesivamente, y en esa espiral nunca acabada gira esa relación compleja entre memoria y olvido, que es también un aspecto sustancial de toda su escritura creadora. «Rescatar el pasado mexicano del olvido y de la mentira», medita Zamacona (p. 318). Pero la memoria del pasado no es homogénea, existen memorias compartidas aunque sean diferentes, pero también memorias opuestas que se intro-

ducen sin cesar en las heridas abiertas. Sin memoria no existiríamos, no podríamos calibrar la textura del presente, pero sin olvido nuestros deseos se convertirían en obsesiones petrificadas, sin futuro posible. «Olvidamos muchas cosas —ha repetido Carlos Fuentes— porque con algunas no podríamos vivir». Al tiempo, «recordarlo todo es olvidarlo todo», «quizá mi memoria es total porque solo recuerdo lo que merece ser recordado. Podría convocerlo todo, si así lo desease. Me volvería loco: mi vida sería idéntica a la naturaleza. Mi proyecto es de signo contrario» (*Cumpleaños*, 1969). No todo, pues, puede ser recordado de la misma manera. La poeta judía Gertrud Kolmar describía a un contemporáneo suyo como «una de esas personas sin interés, porque a lo largo de su vida *no han aprendido ni olvidado nada*». Si la pérdida de memoria es igual a la muerte, si el amor es precisamente memoria, si de alguna manera «somos imágenes y palabras recordadas por otros», la asunción de la historia siempre dolorosa y del propio pasado exige también una parte de olvido: «La memoria es imprescindible, aunque si hay memoria hay también olvido, a veces causado por el dolor —declaraba Fuentes en la presentación de su novela *Instinto de Inez*, en 2001—. La memoria es selectiva y por eso olvidamos muchas cosas, porque con algunas no podríamos vivir». No hay fórmula absoluta que sea válida para siempre o en cualquier ocasión. Si la lengua española tiene esa preciosa distinción de matiz entre «caer» algo en el olvido y casi su opuesto: «echar» al olvido, un tipo de olvido activo para poder empezar de nuevo, la obra de Carlos Fuentes nos señala siempre ese equilibrio inestable entre memorias y olvidos, la dificultad de que «no podemos vivir sin pasado, pero no podemos vivir con el pasado». «No puede haber presente vivo con pasado muerto», señala a lo lar-

go de su obra y explícitamente en esa declaración de principios que es *En esto creo* (2002: 272). Y por ello, la ficción novelesca puede reflejar mejor estas antinomias y utilizar los tiempos históricos y los tiempos cíclicos, las repeticiones del tiempo mítico e igual a sí mismo, indistintamente, recreando en profundidad la tensión y la inestabilidad que la historia y la utilización de un tiempo lineal solo puede describir exteriormente. Aquella nos hace aprehender verdades existenciales que la historia, la historiografía, solo puede elaborar en otros planos menos emocionales, con los que complementa el conocimiento de una realidad, o al menos de fragmentos significativos de esa realidad. Historia y Literatura, pues, inseparables.

*La región más transparente* como gran novela urbana, en donde el mito de la «ciudad ideal», tan añorado en toda la historia de la utopía occidental, se disuelve en la negación de todo optimismo utópico, podría ser otro de los puntos significativos de esta primera gran novela de Fuentes. La relación de utopía e historia en toda su obra es, a mi parecer, otro de los aspectos singulares en donde historia y ficción convergen para eliminar las falsas nostalgias y apostar, si es posible, por los proyectos de la imaginación y de la razón, sin los cuales sería imposible la existencia humana. Pero sin cerrar los ojos a una realidad histórica en la que la violencia, la irracionalidad ética, la injusticia siguen predominando, aunque también encontramos en ella los destellos de la generosidad y el altruismo. «Pero para ser generoso —piensa en un momento de sincera lucidez consigo mismo el personaje de Rodrigo Pola— se debe poseer algo digno de ofrecer a los demás. Capacidad de trabajo, amor, talento, comprensión, qué sé yo. Pero cuando no hay nada que dar, cuando uno está vacío, ¿puede ser culpable la falta de generosidad?» (p. 280). Fuentes nos

transmite lo único que no se puede perder, la solidaridad, la empatía, el vuelco hacia los demás:

Todo lo que se puede compartir no se pierde, sino que es como si se tuviera dos veces, ¿no se le hace? (p. 538).

Compartir con Carlos Fuentes su mundo de ficción verdadera, de historia y de ensayo, es un privilegio por el que sus lectores y sus amigos estaremos siempre agradecidos a su generosidad, a su talento y a su persona.